

# NO NOS ARRANCARÁN SUS NOMBRES

Elia Baltazar  
Luis Guillermo Hernández

Elia Baltazar

*Elia Baltazar es periodista freelance, ha sido reportera, editora, jefa de redacción, jefa de información, maestra de periodismo, tallerista y conductora del programa de radio en internet Ponte en Medio. Escribe en blogs y está en twitter como @eliabaltazar. Ganó el premio latinoamericano de periodismo UNIFEM ONU en la categoría de reportaje, y el Premio de Periodismo sobre Seguridad Informática en 2011. Ha colaborado en distintas investigaciones y publicaciones internacionales sobre la situación de los periodistas en México, entre ellas, en la revista Nieman Reports (Universidad de Harvard) y recientemente en el libro No Woman's Land, coordinado por INSI (International News Safety Institute). También ha colaborado con artículos y reportajes en los libros Migraciones vemos... infancias no sabemos (Ririki), 72 migrantes (Almadía, fronterapress) y 012-018: Ejes y Transición de la República (UAM Xochimilco). Colabora en el Huffington Post Voces y forma parte de la Red de Periodistas de a Pie desde su fundación.*

*Luis Guillermo Hernández, periodista (ver pág. 196).*

Sobre la mesa, Héctor Sánchez despliega una hilera de hojas. Hay copias de diplomas, reconocimientos y constancias académicas ordenados de manera cronológica. Son el relato breve de una vida corta que lleva el nombre de su hijo: Jethro Ramssés Sánchez Santana, detenido, torturado y asesinado en mayo de 2011. Tenía 26 años y vivía en Jiutepec, Morelos. Sus últimas cuatro horas de vida son el capítulo más largo de su biografía y están contenidas en siete tomos de una investigación por desaparición forzada.

En su muerte están involucrados policías municipales, federales y soldados de la 24 Zona Militar de Morelos: al menos 40 uniformados, de acuerdo con expedientes del caso. Hasta ahora, sin embargo, sólo tres militares enfrentan juicio en la prisión del Campo Militar 1. Dos por lesiones, homicidio calificado e inhumación clandestina, y un coronel de infantería por el encubrimiento de esos delitos. El resto ha evadido cualquier posible responsabilidad, escabulléndose

tras la justificación que hace sospechosa a la víctima: “En algo estaba metido”. “Por algo le pasó”. “Uno nunca sabe...”. Es la sentencia anticipada que, desde hace seis años en este país, hace culpables a las víctimas, niega a los muertos por violencia su derecho a la inocencia, y a sus familias, la justicia. “Daño colateral” llaman las autoridades a la tragedia: cada una de las historias de los que salen de casa vivos y aparecen muertos, los que ya no vuelven, los que se llevan los criminales, o los policías y militares; los cuerpos sin identificar. No hay nombre para todas las víctimas ni números exactos. Apenas cálculos.

En contra de Jethro han dicho que al ser detenido durante una riña en la feria de Acapatzingo, se jactó de ser miembro de un cártel del narcotráfico y amenazó a los policías. Dos meses después apareció muerto en un hoyo de tierra en Atlixco, Puebla.

La voz de Héctor se enciende sólo de recordar que en el expediente del crimen hay declaraciones que involucran a Jethro con el narcotráfico: quiere justicia y dignidad para su nombre. Por eso ha recuperado de los cajones familiares fotografías y documentos que lo ayuden a proyectar en tamaño real la imagen de su hijo. No sólo para dispersar los rumores que pretenden torcer su historia, sino para defender a su familia de una duda “injusta” que los medios han difundido sin apenas investigar quién era Jethro, cómo vivía ni el daño que ocasionan al proceso judicial.

“Quieren criminalizarlo para quitarle fuerza al caso — dice —, pero yo estoy seguro de lo que era Jethro y voy a demostrarlo, porque lo que hicieron con mi hijo fue un acto de cobardía que no puede quedar impune”. Toda su indig-

nación no alcanza para exprimirle la tristeza, pero al menos ha convertido su luto en fuerza. Sólo así pudo sostenerse en pie este último año. Atravesar la desesperación y la ira y, después de todo, encontrar la manera de levantar el nombre de su hijo y salvarse él mismo de la desesperanza con un proyecto que cariñosamente llama Multiplicando a Jethro: una escuela preparatoria y técnica para revivir la memoria de su hijo en cada uno de los estudiantes. “Queremos reproducir un ejército de muchachos positivos, que nos recuerden a todos cómo era él”.

\* \* \*

El lugar es pequeño pero suficiente: una oficina para la dirección y dos espacios adaptados como aula y biblioteca. Suficiente por ahora para recibir a la primera generación de alumnos del Centro de Educación y Capacitación Ingeniero Jethro Ramssés Sánchez Santana, ubicado en la calle Paseo de los Lirios número 7, colonia Ampliación Bugambilias, en Jiutepec, Morelos.

Allí, frente al local pintado de azul y blanco, con puertas y ventanas de cristal opaco, unas 30 personas se reunieron el 19 de junio de 2011 para la inauguración de la escuela que tiene como lema: “Luz de trabajo y dedicación”. Ese día Jethro habría cumplido 27 años y su padre quiso que el acto fuera al mismo tiempo homenaje y celebración.

Sin saberlo, Héctor sigue el ejemplo de otras ciudades y comunidades con heridas profundas por hechos de violencia, donde la pérdida y el dolor también han sido cimiento para obras de recuerdo colectivo. Los sobrevivientes de la masacre de Acteal, en Chiapas, levantaron una capilla en honor de los 45 muertos; Atoyac, Guerrero, pintó su mural para las

víctimas de la guerra sucia; en Creel, Chihuahua, las familias de los 13 jóvenes asesinados en 2008 construyeron la Plaza de la Paz. Son todos actos de amor y lucha que buscan preservar la memoria de las víctimas con una acción colectiva o un espacio común. Es la lucha contra el olvido. La reparación simbólica que hay detrás de acciones tan sencillas como rebautizar calles, construir escuelas, levantar memoriales para honrar a quienes debían estar y no están.

Para Héctor, la escuela es la continuación de una tarea que Jethro ya había emprendido al capacitar a jóvenes con ganas de superarse. Lo hizo desde muy joven como maestro de natación y lo siguió haciendo como maestro en la Universidad Politécnica de Morelos. “Era uno de sus sueños”, dijo en la inauguración. Uno al menos que Héctor ha podido concretar en el mismo local que había cedido al hijo para instalar su propio taller, al lado del suyo. Jethro quería convertir ese negocio en una pequeña empresa y antes de su desaparición había comenzado a gestionar un apoyo federal.

Ingeniero electromecánico egresado del Instituto Tecnológico de Zacatepec, quería ser empresario y para ello eligió una maestría en administración de negocios, en la Universidad Latina de Cuernavaca. Para aprender inglés vendió su auto y viajó a Texas, donde trabajó durante ocho meses. Nunca sobró el dinero en su casa, pero “él siempre veía las cosas hacia arriba, nunca se conformó”. Y no es que fuera un ratón de biblioteca, era un joven normal, que le gustaba el deporte y la fiesta, pero tenía aspiraciones que contagiaban. Sobre todo a su padre, que hoy saca fuerza del recuerdo para llevar adelante el proyecto de escuela que ya tiene plan de estudios, director y maestros.

“Hemos alejado un poquito el dolor. Inconscientemente, creo, este proyecto es como terapia, nos distrae y alienta saber que hacemos algo positivo, un bien social en favor de los jóvenes”. Hace falta, pues en esa entidad la violencia pintó diana sobre su frente.

Las cifras lo demuestran. Entre las mil 500 personas asesinadas entre 2009 y 2012, había 600 víctimas menores de 30 años. La mayoría de Cuernavaca y de los municipios de Temixco, Cuautla, Xochitepec, Emiliano Zapata, Huitzilac y Jiutepec, de acuerdo con reportes de la Red por la Paz con Justicia y Dignidad y la Comisión Independiente de Derechos Humanos de Morelos (CIDHM).

No bastó la muerte, pues en muchos casos las autoridades intentaron estigmatizar a jóvenes asesinados, deslizando versiones sobre posibles vínculos con el crimen organizado.

En esa entidad que el PAN gobernó durante 12 años, la Procuraduría General de Justicia del Estado (PDJE) tenía registro de mil 300 personas desaparecidas hasta 2011. La CIDHM considera que al menos 10 casos han sido desapariciones forzadas. Jethro es uno de ellos. Sonríe en las fotografías que su padre lleva consigo. Pero en el aire hay una tristeza que aprieta la respiración.

\* \* \*

Jethro Ramssés Sánchez Santana desapareció la noche del domingo primero de mayo de 2011. Había salido de su casa para jugar fútbol con sus amigos y luego ir a la Feria de Cuernavaca, en Acapantzingo. Hasta allí, la historia sin contrastes. La confusión comienza a partir de las horas siguientes a una riña en la que habría participado con otros amigos, entre

ellos Horacio Cervantes Demesa, y que justificó la intervención de policías municipales.

Lo que ocurrió a partir de esa tarde está asentado en el expediente 331/2011 del Juzgado Quinto Militar. A Horacio lo sacaron primero de la feria y luego lo aprehendieron. Jethro, en cambio, fue detenido en el lugar de la pelea. Los municipales llevaron a los dos a la parte posterior de la feria y allí los golpearon. Argumentaron que Jethro presumió tener relación con un grupo de la delincuencia organizada y los amenazó. Por eso llamaron a la Policía Federal.

En su declaración, Horacio dijo que los federales llegaron con pasamontañas y también los golpearon. Cuando preguntó a uno de ellos qué estaba pasando, “me dijo que un amigo mío había abierto el hocico de más”. Luego los entregaron a los militares, que llegaron a la feria en tres unidades tipo pick up. Un “teniente Guerra” (era José Guadalupe Orizaga y Guerra) pidió a sus hombres vendar los ojos de los detenidos y subirlos a las unidades, separados.

“Me esposaron con las manos hacia atrás, de ahí me subieron a una camioneta, y de ahí ya no supe más de Jethro...”. Horacio declaró una sola vez. Nunca más respondió a los citatorios.

El 4 de julio de 2011, el Ministerio Público Militar consignó al teniente de infantería José Guadalupe Orizaga y al subteniente Edwin Raziel Aguilar, quienes confesaron la muerte del joven en las instalaciones militares, a consecuencia de una “broncoaspiración”.

En los informes del Ejército se apunta que Horacio y Jethro fueron interrogados en el cuartel de la 24 Zona Militar. Horacio fue liberado esa misma madrugada. Pero de Jethro nadie volvió a saber... Hasta dos meses después.

Su cuerpo fue hallado en un paraje conocido como La Ocotera, en Atlixco, Puebla. Las autoridades de ese estado localizaron sus restos y las pruebas de ADN confirmaron su identidad.

\* \* \*

Héctor no sabe qué resorte disparó la idea de abrir una escuela en memoria de su hijo. Sólo sucedió que un día, mientras recorría de nuevo su recuerdo, la imaginó de pronto. Algo tenía que hacer para mitigar el dolor y sacudirse la frustración de la pérdida. “Mi esposa y mis hijas estaban deshechas y sólo se me ocurrió que teníamos que hacer algo para mantenernos ocupados”. La familia compartió la idea y emprendieron el proyecto. “Creo que vamos bien, aunque nunca supimos hasta dónde podíamos llegar”.

No sólo dudaban de la entereza de su ánimo, sino de la disposición de recursos, pues comprobaron que en México los familiares de las víctimas pagan con tiempo y dinero el derecho a la justicia. Desde la desaparición de Jethro dispusieron de todo a su alcance para buscarlo y, ya aparecido el cuerpo, siguieron en el trajín de los traslados de Cuernavaca al Distrito Federal, entre ministerios públicos, juzgados, abogados, organizaciones civiles, comisiones de derechos humanos.

“Abandonamos todo”, dice Héctor, y nadie en la familia quería volver al negocio que abría la herida. “Ni mis hijas ni mi esposa podían estar allí”. Sólo Clara García, vieja amiga de la familia y empleada del taller, pudo hacerse cargo para evitar la quiebra.

Héctor es un hombre sencillo que halla donde puede las palabras para explicarse: “El dolor hace muchas cosas: yo pensé

en suicidarme, emborracharme, ser un perdedor. Pero tengo la confianza de que mi hijo está arriba y no creo que lo viera con buenos ojos. Siempre busqué la forma de hacerlo gente de carácter, porque yo todavía tengo una hechura a la antigüita, en el sentido de ser muy hombre para enfrentar las cosas”.

Habla de sí mismo en pasado. Del hombre apasionado que “se ponía chinito” al escuchar la música de los chinelos o el mariachi que acompañaba las fiestas familiares. Hoy es otro. Un hombre que se obliga a seguir adelante por su familia, dice. Por sus dos hijas y su esposa que prefieren ya no hablar de Jethro en público. “Ya nos dieron un trancazo, pero quiero que ellas se recuperen, porque yo no sé si me voy recuperar. Al menos sé que no soy el mismo”.

Ha aprendido a hablar con los términos de la ley, pero no se acostumbra. Nunca había tenido nada que ver con policías ni ministerios públicos, y menos con militares. Ahora, en cambio, “cuando veo una camioneta del Ejército me entra una inquietud tremenda”. Pero no es miedo, dice. “Ya todo lo malo le pasó a mi hijo y no puede haber nada peor”. Hay pausa. Su garganta se corta. Ha tenido que aprender a salvar los silencios ahogados desde la primera conferencia de prensa a la que convocó su abogado, para pedir la aparición con vida de Jethro.

Héctor ha vuelto al negocio que inauguró hace 33 años. Su tiempo está dividido entre el taller, el caso de su hijo y el Centro de Educación y Capacitación. La escuela no es un negocio sino un servicio, aclara, “y no pretendemos sacar provecho”.

Como está pensada para jóvenes con necesidad económica y ganas de trabajar, han decidido otorgar media beca a

los mejores estudiantes de preparatoria. “Aquí podrán cursar su educación media superior y una carrera técnica al mismo tiempo, porque la idea es que puedan comenzar a trabajar por su cuenta desde el principio, para que más tarde ellos, si tienen ganas, cubran su universidad”.

Así educó Héctor a sus hijos y así piensa que otros podrán avanzar por sus propios medios, sin necesidad de pensarse como empleados. “Queremos alentar en ellos una ambición positiva. No serán profesionales terminados, pero sí podrán seguir adelante”, dice.

Los estudiantes del Centro de Educación y Capacitación asistirán a clases cuatro horas diarias: dos para cursar la preparatoria y el resto para su formación técnica. Héctor cuenta con el plan de estudios oficial para educación media superior y él diseñó la parte técnica a partir de sus conocimientos en mecánica automotriz. También ha dispuesto de toda su herramienta y equipo para la práctica de los estudiantes, aunque le faltan simuladores. Ha pensado recurrir a las empresas automotrices y fundaciones para conseguir donativos. “Lo que ya no utilizan y puede servir a los muchachos”.

Por el momento necesita cuatro profesores que recibirán su salario de las cuotas de los estudiantes; serán simbólicas, pero ayudarán a mantener el lugar. La dirección estará a cargo de Vicente Romero Ortiz, un profesor con 40 años de experiencia docente, que ayudó a la familia Sánchez Santana en los trámites. Héctor llegó a él por recomendación del abogado Cipriano Sotelo Salgado, quien lleva el caso de Jethro y recientemente inauguró una escuela de derecho en Cuernavaca.

“No saben cuánta admiración despierta esta familia que ha transformado su dolor en algo positivo, pensando en los

jóvenes para prolongar la memoria de su hijo. Donde quiera que esté, Jethro debe sentir un gran orgullo”, dice Vicente.

En él cabe todo el entusiasmo que aún no halla su lugar en la vida de los Sánchez Santana. Para él está claro lo que significa ese centro. “Se trata —dice— de no quedarnos nada más en el dolor, el pésame y la pérdida, sino transformar todo eso y redignificarlo. Tener la alternativa de vida para ofrecer algo a los demás en memoria de alguien”.

Héctor, por ahora, no sabe cómo traducir este esfuerzo. “Dicen que hay un motivo que nos hace crear y un hábito que nos hace seguir. El hábito por ahora me ayuda a seguir”. Qué más podía hacer que seguir adelante para limpiar el nombre de su hijo y su familia, porque “sólo llorar no nos ayudaba en nada”.

Su deseo es que la escuela crezca y en el futuro ocupe todo el predio que hoy comparte con su taller y la casa familiar. Todo lo hicimos “a valor mexicano, con el coraje, la ambición y el cariño por mi hijo”, dice.

Héctor Sánchez espera que el Centro de Educación y Capacitación “Jethro Ramssés Sánchez Santana” pueda arrancar con sus cursos de inmediato para ver allí multiplicado a su hijo.

## UNA JUGADA CONTRA EL OLVIDO

Luis Guillermo Hernández

Dice que lo ve, que puede verlo nítidamente, fuerte, joven, posible aún. Tan diestro con el balón, tan perseverante tacle con su número 62 en la espalda, que cuando su equipo, los Jaguares del CBTis 128, logra igualar el marcador contra los Indios de la Autónoma de Ciudad Juárez en el último cuarto del juego final para obtener el Tazón Juárez “Ingeniero Miguel Prone”, Adrián Cadena incluso llega a gritar, entre lágrimas, el nombre de su hijo:

—¡Bien, bien, bien, muchachos... bien Rodrigo!

Rodrigo no está en el campo, el popular *hoyodome* de la zona del Chamizal. No ha estado ahí desde aquella noche de enero de 2010 cuando fue asesinado, en la colonia Villas de Salvácar, junto con otros 14 jóvenes que bailaban y reían en una fiesta de cumpleaños en la que también estaba Juan Carlos Medrano, mariscal de campo de Jaguares.

Pero sucede que en ese terregal hundido que fue acondicionado como cancha de juego hace más de seis años, muy

próximo al territorio estadounidense, su padre aún le grita. Dice que lo ha seguido haciendo desde aquella noche en que decidió mantener vivo el espíritu de Rodrigo a través del impulso a la que era su mayor pasión: el fútbol americano.

Y que en cada juego, en cada triunfo o derrota, para él hay mucho más que sólo un grupo de muchachos persiguiendo un balón: hay un momento insustituible, en el que su hijo vuelve a vivir.

—Éste es el equipo en el que debería estar mi muchacho. En cada uno de estos muchachos veo parte de mi hijo... es lo que me sirve a mí como terapia, porque yo sé que a él le gustaba esto. Por eso sigo trabajando por el equipo, por mantener vivo su recuerdo— dice el señor Cadena.

Hombre robusto, moreno, de rasgos gruesos, marcados, pero trato suave, como uno de esos caballeros cortesés del siglo anterior, observa detenidamente cada jugada desde la línea marcada con cal.

Secunda un griterío de muchachos en el campo y de mujeres, niños y hombres en las gradas de cemento.

Se frota las manos, un par de gruesas y rasposas manos de quien trabaja con máquinas, e intercambia miradas con el coach del equipo, Papá Tonka le llaman todos, aunque su nombre es Daniel Gallegos. Entonces, el señor Cadena dice:

—Él es el verdadero héroe. Cuando lastimaron a nuestros muchachos, a siete de los nuestros (dos muchachos muertos, cinco más heridos, quienes lograron salvar sus vidas) pensamos que era el fin de Jaguares, que nadie iba a querer jugar con nosotros.

Papá Tonka es un hombre de baja estatura, musculoso, de nariz aguileña y ojos muy pequeños, claros. Tiene un bigote

a la Pedro Infante y un ánimo inagotable, juvenil, recio, que lo hace correr, gritar, demandar esfuerzo, pero lo envuelve en un celofán de camaradería.

Cuando ocurrió la masacre, cuando su equipo se derrumbó por la muerte de sus integrantes y las heridas de otros cinco, Papá Tonka decidió afrontar el terror de la muerte con un espíritu de vida.

—La muerte es inminente, pero también la vida—les dijo a sus muchachos, devastados por la cercanía de la tragedia.

Su mayor proeza, dice Cadena, fue haber inyectado vida y disciplina de respeto en un lugar de muerte y caos. De oscuridad.

Justo después de la masacre, cuando las autoridades federales, encabezadas por el presidente Felipe Calderón, llegaron hasta Villas de Salvárcar a ofrecer disculpas públicas por haber afirmado, a lo tonto, que los chicos asesinados eran narcotraficantes, Papá Tonka se hizo con el micrófono, para hacer una petición al mandatario que más parecía exigencia:

—Deme armas, señor Presidente, pero no de esas que matan, deme armas de esas que dan vida, deme espacios públicos, deme esto—dijo señalando al campo de fútbol,—y de esto vamos a sacar muchos jóvenes.

Todavía insistió:

—Éstas son las armas que queremos, porque sabemos que es mucho trabajo, pero sabemos que con un joven que mantengamos aquí en cualquier disciplina, sabemos que ese joven no va a tener problemas.

Casi de la nada, el exjugador de americano, profesor del CBTIS, comenzó a impulsar su idea, que fue secundada por



los padres de un número mayor de chicos y chicas: pidió recursos para incrementar el número de sesiones de americano en el CBTIS e impulsó la creación de otras dos divisiones, infantil y femenil, para que los niños desde los 6 años y las mujeres se sumaran al deporte.

Al mismo tiempo y casi en paralelo, el señor Cadena y los padres de Medrano, los dos Jaguares muertos en Villas de Salvárcar, crearon una asociación civil, Jaguares jóvenes de bien AC, con el objetivo de tratar de recuperar el tejido social roto en Ciudad Juárez mediante actividades familiares y de solidaridad social.

—Les enseñamos valores, todos los valores, para salir de esta basura. Respeto al otro, dignidad, honestidad, que sepan que ganar por ganar no es un objetivo. Si vamos a salir de esto, que sea con nuestros mejores hombres —dice Papá Tonka.

Cuando los chavos se quedaron sin recursos, porque la ciudad se volvió un fantasma sin ingresos suficientes, el coach donó un terreno personal en una colonia de la periferia de la ciudad, como a 20 minutos en auto del CBTIS, para abrir un centro de lavado de autos, Carwash Jaguares, que los mismos jugadores hacen funcionar en sus ratos libres.

Turnándose en jornadas de media mañana o media tarde, según tienen necesidad de pagar algún viaje de prácticas, jugar algún campeonato, completar la colegiatura, comprar material de alguna materia escolar o incluso si quieren traer efectivo en la bolsa, los muchachos llegan al *carwash* y se ponen a chambear.

Las ganancias, después del pago de agua, luz y servicios, son íntegras para ellos y sus necesidades. Y mantienen el negocio vigente casi sin supervisión adulta.

Una proeza difícil de entender si se desconoce el contexto actual de Ciudad Juárez, una ciudad con un estimado de 450 bandas juveniles, integradas en su mayoría por jóvenes de entre 14 y 25 años, cuya principal actividad, en muchos de los casos, es la venta de mariguana o de toda la gama de drogas sintéticas, por la que reciben entre 500 y dos mil pesos semanales.

A contrapelo de las mismas autoridades, el coach y el señor Cadena, junto con los padres de los jóvenes Jaguares, promovieron la creación de un campo deportivo en el corazón de Villas de Salvárcar, el epicentro de su tragedia, con el objetivo de fomentar el deporte en la zona.

Hoy, a los 90 jugadores de distintas categorías que tenían en 2010, se han sumado otros 700, desde los 6 hasta los 24 años, incluyendo a las jugadoras del primer equipo femenil, quienes además de jugar, participan en las actividades sociales que lleva a cabo la asociación y se impregnan de la filosofía de respeto y legalidad que intentan imprimirle sus organizadores.

Algo de éxito pudo haber tenido el esfuerzo de todos ellos, dice el señor Cadena, significativo en una ciudad donde la lucha por derrotar al rival convirtió en carnicería lo que fue una ciudad boyante, pletórica de vida.

En los últimos minutos del juego final contra los Indios de la Autónoma, los Jaguares se apoderan del balón y son sujetos de un juego sucio que obliga a uno de los suyos a ser sacado en ambulancia. Esa jugada les cuesta el campeonato, pero les significa un reconocimiento inesperado: el trofeo al equipo con el juego limpio más ejemplar.

Quien recibe el premio, Raúl Parra, es un muchacho de 19 años, mariscal de campo del equipo, que hoy ostenta el liderazgo que una vez tuvieron Rodrigo Cadena y Juan Carlos

Medrano. Que impulsa las jugadas, que grita, que organiza ataques, que revienta jugadas del adversario, que se sacude el sudor y sigue corriendo.

Cuando el señor Cadena lo observa, me comenta:

—Cuando lo veo correr, a veces me recuerda a mi muchacho.

No es sólo su pasión por el juego. Su manera de pelear el balón y su forma de correr. El muchacho lleva consigo cicatrices. Una en la pierna derecha, que le cruza el muslo de un lado al otro. Otra en la pantorrilla derecha y una más en el pie. También estaba aquella noche en Villas de Salvárcar.

—Son mis cicatrices —dice el muchacho cuando le pregunto. Sonríe. Quién sabe por qué, pero sonrío.

El señor Cadena lo abraza. Seguramente ve en los ojos de Raúl alguna expresión, algún guiño, algún vestigio que le devuelve a Rodrigo. A su hijo.